

# LA PLAZA INQUIETANTE ARTIFICIALIDAD

FRANCISCO RODRÍGUEZ



Esta nueva propuesta creativa de Pepe Arbelo (*La Plaza*), podemos considerarla como una evolución en los contenidos de sus proyectos anteriores. El ejercicio de purificación que nos llevó desde *Siroco* hasta *Desiertos*, culmina ahora con los espacios asépticos, fríos y geometrizarantes de *La Plaza*.

Pepe Arbelo nos presenta en esta ocasión un universo de inquietante artificialidad, donde dominan los grises amenazantes de estructuras arquitectónicas que semejan submarinos nucleares o extraños e inmensos peces adormila-

dos que emergen de unos azules que anuncian en calma tensa la convulsión de una tormenta inminente.

Los elementos que componen esta obra están combinados de tal manera que dan lugar a mundos perfectos, matemáticos, austeros; pero, sin embargo, subyugantes, ensoñadores. Es un universo formal, cartesiano, aparentemente racional; pero que nos remite claramente a espacios oníricos y surrealistas (irracionales). Parece como si se estuviera mostrando en esta obra esas extrañas creaciones de la mente que sometida a intensos episodios febriles produce cu-

riosas imágenes y lisérgicas composiciones geométricas.

*La Plaza* revela esa tendencia inevitable de la mente humana por la abstracción, por alcanzar lo absoluto, los paraísos inmutables, pero también muestra que esa tendencia (superados ciertos límites) genera extraños e inquietantes mundos artificiales que cobran apariencia de pesadillas sobrecogedoras, donde los personajes humanos deambulan como ausentes, desorientados, envejecidos; aislados en un universo artificial que ellos mismos se han creado, sin el cual no podrían sobrevivir, pero que ahora los supera, los inmoviliza, los absorbe y aliena de tal manera que devienen maniqués, esbeltos y jóvenes aunque artificiales y vacíos.

Estos personajes aparecen casi siempre de espalda, contemplando inmensas pantallas de una imponente frialdad y tristeza azules, personajes que en otros casos deambulan como fantasmas desprovistos de vida por espacios que en tiempos remotos fueron cálidos lugares de encuentro. Aquellas acogedoras plazas han cedido su espacio a rotundas estructuras de cemento, a desolados parajes grises y artificiales donde aún aparecen ridículos remedos de la frondosidad natural que antes las envolvía. Esa naturaleza se muestra ahora, mutilada, apuntalada, podada. Véase en este sentido la presencia orgullosa de esa burda palmera de mentira.

Pero este mundo azul y gris, esa naturaleza artificial que Pepe Arbelo nos presenta todavía nos revela breves apuntes marrones y sepías (tan profusos en su obra anterior) que nos permiten vislumbrar, aguardar, de la fertilidad del artista, nuevos episodios, nuevas vueltas y vórtices de una obra coherente en clara evolución reflexiva. ¿Giraremos otra vez hacia la cálida y terrosa Berbería? ¿Presenciaremos nuevamente el hechizo de la luz cruda del desierto? ¿Seguiremos alcanzando cimas elevadas de fría abstracción artificial o asistiremos atónitos a la presentación de otras creaciones originales, aunque conectadas sutilmente con la obra anterior? Sólo cabe esperar con ansiedad, mientras nos sentamos junto a ese anciano a contemplar absortos la distante arrogancia de los maniqués.